

LOS FEUDOS DEL HOSPITAL SAN JUAN DE DIOS



Dr. Manuel Zeledón Pérez
Director

Nuestro Benemérito Hospital San Juan de Dios en las tres últimas décadas, se ha caracterizado por tener personajes médicos, que cuando llegan a Jefes de Servicio, se convierten en funcionarios intransigentes y dueños de una gran cantidad de inmerecidos privilegios de acaparamiento, como si fueran los "INTOCABLES".

En eso han fallado mucho las autoridades superiores, tanto médicas como administrativas, que les han dado a estos señores, un poder de autonomía incondicional y que no se animan a rectificarles los errores que cometen. Desde luego, haciéndole un gran mal a todo el Hospital y a la ética profesional.

Qué recordemos, en el campo de la cirugía han habido varios de estos feudos y a pesar de los años, los sigue habiendo. También hemos conocido a través de la historia de nuestro querido Hospital,

otros, en otras Especialidades y de la misma manera han sido feudos en todo el circuito hospitalario.

Aunque a diferencia de los feudos o cacicazgos, otras anomalías médicas, también han enturbiado el ejercicio hospitalario. Hablamos de la no asistencia de médicos, que nunca llegaban a cumplir con sus deberes y que sólo se presentaban el día de reparto de sueldos, a recoger su cheque sin haber laborado. Los colegas de los feudos más bien han sido gente muy trabajadora e innovadora que con su ejemplo de buenos trabajadores se han tomado poderes de feudos, que obstruyen la normalidad administrativa en los hospitales.

Éstas y otras muchas anomalías, por parte del cuerpo médico, también se han repetido en nuestros nosocomios. Claro que el ejemplo para los demás funcionarios hospitalarios ha sido pésimo. Éstos al observar la corrupción de estos colegas médicos, igualmente han imitado anomalías o han tomado otras medidas de corrupción y que han llevado al traste, el mal funcionamiento de los hospitales.

Por ejemplo: ese exceso de incapacidades con el contubernio de ciertos médicos, fallas en acuciosidad de la atención del enfermo, descuidos imperdonables en algunas prácticas sobre el paciente, tardanza para recoger los exámenes urgentes de los laboratorios, citas demoradas para estudios de gabinete, interconsultas que no se hacen a sus debidos tiempos, etc. Son culpa principal de los mismos médicos que no agilizan sus gestiones y que muchas veces son el resultado de las complicaciones de los pacientes y con frecuencia de la vida de los mismos.

Todas estas transformaciones se vinieron encima desde setiembre de 1977 en que nuestro querido Hospital pasó a manos de la Caja Costarricense del Seguro Social. Los trabajadores de este antiguo nosocomio pertenecíamos a la Junta de Protección Social y únicamente ganábamos un sueldo simbólico, la gente que se reclutaba para trabajar tenía una sensibilidad muy propia. Les nacía trabajar con pasión, con ganas de ayudar al prójimo y de dar lo mejor de si mismos. Eran épocas que no se pensaba, si se le pagan bien o no, lo importante era dar caridad, dar consuelo, sentirse aliviado de ayudar a una alma desconocida y sentirse bien con su conciencia propia.

Lo importante en esta clase de trabajo era ejercer un apostolado que nacía de las entrañas del individuo, que se sacrificaba y que sentía una enorme inspiración por llevar su trabajo a cabo. Lo principal era hacer lo mejor por el que se enfermaba, por el que sufría en carne propia algún mal, había que sacarlo

francamente mejorado o bien curarlo del todo.

Aquí se explica por qué nuestras casas de salud de las décadas pasadas, estaban ligadas a sacerdotes y a toda clase de religiosos.

El materialismo, la falta de fé en un credo y la ausencia de humanismo nos ha transformado, y cuando eso atañe a la prestación médica, es un mal que no tiene perdón de Dios. Cien años antes, de que nuestro Hospital se socializara, desde 1877 a 1977, las monjitas de San Vicente de Paul vinieron a enseñarnos como trabajar en una casa de salud. Ellas eran vigilantes del buen desempeño de los médicos, de las enfermeras, de los administrativos, de los misceláneos y de todo aquel funcionario que laboraba en este recinto sagrado, apodado "Hospital de los Pobres ". "Monjas que ponían: orden de limpieza, contagio de humildad y blancura donde no la hubiera. Inculcaban la fé en el Creador y allanaban el camino para el buen desempeño humano.

Aquí cabe relatar un caso reciente de incompresión, de acaparamiento y de falta de ética, de uno de los colegas feudalistas.

A principio del mes de abril del 2008 el Dr Manuel Zeledón Pérez, antiguo jefe del Servicio de Emergencias Quirúrgicas accidentalmente cayó en un feudo de los que nos habíamos referido anteriormente. Manuel Zeledón necesita una resección del colon sigmoides, asunto que le refirió al Jefe de la Sección de todas la Cirugías. Como ese funcionario fue subalterno de él y su amigo personal, lo buscó a él en persona, como no lo encontraba en varias incursiones al Hospital, al fin lo pudo hallar Su entrevista tenía el interés de que se le aconsejara (pues Manuel tiene 18 años de haber dejado nuestro Hospital) para cuando se podría planear la intervencion. Su respuesta fue muy positiva pero un poco apresurada. Le dijo el médico amigo: "dentro de 5 días viene al país un cirujano guatemalteco, él es experto en la cirugía que Ud. necesita, por qué no lo apuntamos para ese día a primera hora y le resolvemos de una vez su situación. El Dr. Zeledón no se daba cuenta que iba a caer en uno de los feudos ya mencionados. Una distinguida cirujana, que también fue su subalterna llamó al jefe de Cirugía Uno. Este señor cirujano se mostró iracundo sin ningún motivo que conociéramos de antemano. Zeledón Pérez trató de contactarlo varias veces para saber cual era su objeción o en qué falta habíamos incurrido, pero él simplemente no quiso recibir explicaciones o aclaraciones del Dr. Zeledón. En su lugar; dejó a otra distinguida cirujana y que creímos que todo estaba resuelto, pues esta doctora programó la cirugía del doctor Zeledón como paciente, le comunicó que todo el Servicios de Cirugía Uno, incluyendo al jefe, seguirían su preoperatorio y su postoperatorios, sin ningún inconveniente. Lo grave del asunto es que ya el Dr. Zeledón internado más de doce horas y preparado su intestino para la intervención y el señor cirujano, seguía incómodo y negativo, no asimilaba la existencia del colega-paciente en nuestro Hospital. La esposa del Dr. Zeledón fue vilipendiada por ese señor-cirujano, al sugerirle la necesidad de su presencia o de alguno de los miembros del Servicio. Se suponía que pasaría a la sala de operaciones a las 9 o 10 de la mañana y al solicitar información sobre la demora, ésta misma se le negaba. Ante esa situación un tanto hostil y de indiferencia. El Dr. Zeledón sólo le quedaba desistir de su idea de operarse y abandonar el Hospital. Pues las muestras de los colegas eran que no era bienvenido.

Suena raro y utópico, que un cirujano que siempre se distinguió por dar lo mejor de sus esfuerzos por su jefatura, por el amor y el cariño que siempre le ha profesado a su querido Hospital, sea tratado en tal forma. Nunca existieron fricciones conocidas entre ambos cirujanos y aunque las hubiera existido. Nuestro postulado galénico nos invita a trabajar por el bien del paciente y más tratándose de un colega enfermo. La ética por encima de todo, aunque éste fuera nuestro propio enemigo.

Lógicamente que los feudos o cacicazgos son perjudiciales para la armonía y buen funcionamiento del un Hospital. Los médicos debemos saber retirarnos a tiempo pues el deterioro mental que traen los años de servicios, desgastan la lógica y el buen entendimiento.

*Dr: Manuel Zeledón Pérez
Director de Revista Médica de C.R.*